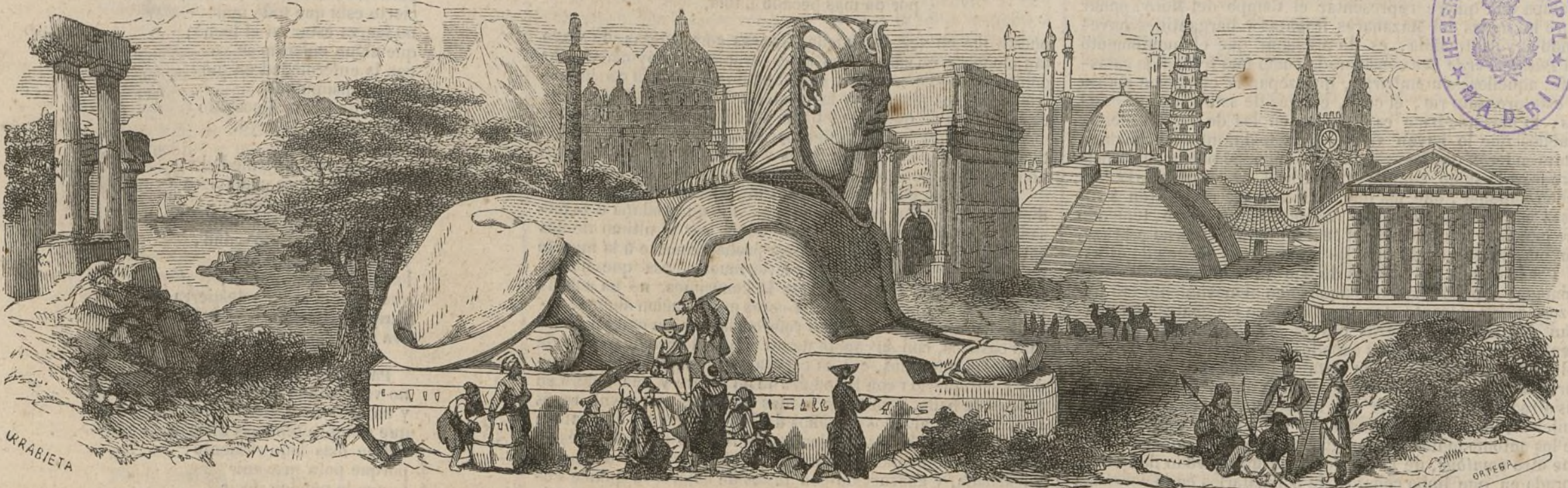


EL UNIVERSO PINTORESCO,

50. JUNIO, 1855.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española, de Mellado, rue Pavée St. Andrée, núm. 3.
REDACCION. C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fíjan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Revista de Madrid, por don Esteban Garrijo. — Poesías satíricas inéditas (conclusion); respuesta de Luis Hurtado de Toledo — Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernandez Villabrille. — La isla de Wight. — Nuevo generador para las máquinas de vapor. — Variedades. — El lago de Euzhien.
GRABADOS. La verbena de San Juan. — Isla de Wight-Cowes, punto de arribo a la isla. — Osborne-House, residencia de la reina de Inglaterra a la isla de Wight. — Cari Brook-Castle, prision de Carlos I. — Steep-Hill-Castle, residencia de M. Hambrough.

Revista de Madrid.

LA VERBENA DE SAN JUAN Y LA ROMERÍA DE SAN ANTONIO.

Hay que convenir en que, de algunos años a esta parte, se han verificado cambios sensibles, así de tejas abajo como de tejas arriba. El verano de 1852 no fué verano, y el de 1853 lleva trazas de no ser mas que una primavera, y no de las mas benignas. Si esto continúa, nada tendrá de extraño que Madrid llegue a convertirse en un San Petersburgo, y nos alegráramos, entre otras cosas, por ver al Manzanares elevado a la categoría de río hecho y derecho, durante los meses de julio hasta setiembre. — Ello es, que de tejas arriba anda una revolución de dos mil demonios, y que no hay esperanzas de que amanezca un día claro y limpio. ¿Consistirá en que el movimiento de rotación de la tierra ha sufrido algun trastorno? — Tal vez; pero si así fuese, ruede la tierra, que es como si dijéramos, ruede la bola, y mas que nos achicharremos en invierno y nos helemos en verano, con tal de que conservemos íntegra la piel en verano y en invierno. Lo que importa en este particular es hacer ver a nuestros lectores que el verano presente no nos la da de primos, y que le hemos conocido el juego. Una vez consignado así, ande la marimorena de tejas arriba, y veamos algo de lo que ocurre de tejas abajo.

Verlo todo, ni es dado a nuestra vista miope, ni aun cuando lo fuera, queríamos estar con los ojos abiertos, porque por no ver visiones nos acostáramos a las oraciones.

Así pues, hemos visto que la verbena de San Juan ya perdiendo de año en año su primitivo carácter, hasta el punto de que ya no la conoce ni la madre que la parió. — Empezando porque la noche de la verbena no pertenece ya a la categoría de aquellas noches suavemente tibias, hechas como de encargo para embriagar el alma con sus perfumadas emanaciones, y concluyendo por que los asistentes a la verbena prefieren las realidades a los ensueños mas deliciosos, venimos a sacar en limpio, que la verbena de

San Juan ha quedado reducida a la mas mínima espresion, y que las tres cuartas partes de los moradores de Madrid la emplean durmiendo a pierna suelta.

Ya no hay que pensar en ir al prado de San Gerónimo, en busca de un adorado tormento que lo haga a uno patear como se pateaba cuando nos hallamos en estado de merecer. El bello sexo que allí acude, no se compone en los tiempos presentes de soles ocultos bajo una nube de seda, ni de dueñas atrabiliarias, cuyo cometido era hacer con los satélites de aquellos soles las veces de espanta-moscas; compónese mas bien, de bellezas que van ostentando sus caras con inaudito descaro, sin manto que las encubra ni quintañonas que las guarden, ni agentes de seguridad que repriman sus impetus; y esta clase de *verbeneras*, como fácilmente se puede conocer, no son muy a propósito para atormentar el espíritu del sexo contrario, por mas que lo sean para mortificar la carne de los incontinentes. — Tampoco se tropieza ya con aquellos galanes que eran tan buenos para un fregado como para un barrido, o sea tan prontos en derretirse a ternezas ante la señora de sus pensamientos, como para andar a cintarazos con el lucero del alba. A los don Juanes del siglo XVII, han sucedido en las verbenas los *Pelados*, los *Currillos* y los *Pocapringue* del siglo actual, y sabido es que estos trovadores contemporáneos son, en achaque de galanteos, algo cafres, y mas que algo, en sus placeres y en sus bromas. Con media docena de guitarras de bordon gordo, un par de panderos y las castañuelas correspondientes, les basta y les sobra para discurrir de calle en calle perturbando el sueño de

los ciudadanos pacíficos, y para armar en el Prado, dispuestos en anchos corros, saraos de manchegas y seguidillas, los cuales suelen concluir ordinariamente a garrotazos.

Las iluminaciones pintorescas que en tiempos algo remotos convertían las noches de verbena en días artificiales, se hallan hoy reducidas a tal cual farol de mezuquinas proporciones, destinado a alumbrar las rosquillas, los *frasquetes* y otros comestibles y bebestibles, que a pesar de ser tanto o mas eficaces que la jalapa, constituyen hoy el encanto de la mayoría de los concurrentes.

Ni hay que buscar tampoco en el Prado, ni en las calles, ni en parte alguna, las alegres luminarias por encima de las cuales saltaban nuestros abuelos con los pies desnudos y untados con aceite de la lámpara del santo, para que sus pies fueran de la índole del tabaco de estos tiempos, o sea incombustibles; aquellas luminarias, cuyo origen se remonta nada menos que hasta las fiestas Palilia, así como la costumbre de saltar por encima de las hogueras, de la cual ya dijo Ovidio:

*Moxque per ardentis stipule crepitantis acervos,
Trajicias celeri strenua membra pede,*

han empezado a caducar en nuestros días, sin duda porque los hijos del siglo XIX no necesitan purificarse con el fuego. Así es, que las hogueras únicas que se ven en Madrid durante la verbena de San Juan, son las que sirven para fabricar los bañuelos en el Prado al aire libre, y al contemplar las llamas sofocadas por las calderas, los concurrentes piensan menos en dar saltos, que en arrimarse a ellas para desterrar el frío.

Y ciertamente que esta determinación era muy cuerda en la noche del 25 de junio, porque a decir verdad, mas bien que noche de verano, parecia por lo mala Noche-buena. Gracias a esto, la exaltación de las cabezas fué algo menor que en otras ocasiones, y de consiguiente no hay que lamentar otros desmanes que tal cual descalabrada de escasa importancia.

Gracias tambien a la frescura del tiempo, en la verbena y en la romería de San Antonio, hubo una tranquilidad a la que no estamos acostumbrados en estas festividades. La población entera de Madrid acudió, sin embargo, al paseo de la Florida, y en el se veían los mil y un puestos de frutas y flores, de fiambres y vino, de estampas y santos de yeso que sobraron en la aguada romería de San Isidro. Los placeres de esta fiesta vienen a ser análogos a los que se disfrutaban en la orilla derecha del Manzanares el día del patron de Madrid, aunque no son tan estrepitosos. El codearse, el estreñarse, el darse pisotones, es lo que constituye el principal encanto de las gentes que van a ver y ser vistas, al paso que las meriendas en la orilla opuesta a la ermita de San Antonio, los bailes despues de las meriendas, y las camorras despues de los bailes, son los goces a que se



La verbena de San Juan.

dedican las gentes domingueras, para quienes el día 13 de junio es un día de jolgorio y de despilfarro, el cual debe solemnizarse poniendo el estómago en ejercicio, y haciendo méritos para atrapar un cólico.

Enfrente de la ermita del Santo, hay un puente de madera que lleva por nombre el *Puente Verde*, y este monumento, digno por su fragilidad del modesto río que pasa por debajo de sus tablas, flaqueó cuando se hallaba cuajado de transeúntes, resultando de aquí, que crecido número de personas cayeron al río de cabeza.—Para los lectores de cierto escritor italiano, á quien plugo, al hablar de Madrid y al dar una estampa que quiere representar el Campo del Moro, poner sobre las aguas del Manzanares fragatas y bergantines navegando á vela tendida, es de presumir que el hundimiento del *Puente Verde* sea considerado como una tremenda catástrofe: aquellos, sin embargo, que sepan la condición mansa de este presunto río, el cual, en vez de salirse de sus casillas, lo mas que hace es entrarse en las de los lavaderos; aquellos que lo hayan visto *esterado* durante la canícula, comprenderán que semejante contratiempo puede ser considerado, á lo sumo, como una desgracia, de resultados de la cual deben suponer, que los que la sufrieron, regresaron á sus casas empapados en *polvo*. Así sucedió en efecto, teniendo que lamentar únicamente tal cual fractura de pierna ó brazo, muy naturales cuando caen las gentes unas encima de otras.

Por lo demás, la romería de San Antonio estuvo bastante animada, si puede llamarse animación al movimiento tan peregrino como elegante que se nota entre las gentes que pueblan diariamente nuestros paseos mas entonados. Lujosos trenes, tirados por briosos caballos con guarniciones de charol y plata, conducían á la nata y flor de las damas de la corte, al paso que otras que no eran la nata y flor ostentaban sus atractivos, por hacer que hacemos, en vehículos de alquiler de los menos injuriados por el tiempo y por la incuria de los automedones que los guiaban. Véase también alguno que otro *omnibus*, de los poquísimos que quedan de la temporada en que hubo conatos de acimatarlos en la coronada villa, y tal cual coche de colleras, cuyas mulas y cuyos cascabeles han podido resistir á la invasión de los *treses por ciento*.

Pero en medio de tanto carruaje de tantas castas, en vano buscaba la vista el traqueteador y nunca bien ponderado *calesin*.—¡Ay! este vehículo monumental, blanco en tiempos mas felices, del apetito desordenado de bureo que animaba á nuestras difuntas *manolas*, ha desaparecido de las calles y plazas públicas, sin que haya habido un orador tumulario que vierta unas cuantas lágrimas sobre su desaparición, y eso que vivimos en una época en que las oraciones fúnebres andan de valde, y en que apenas hay *quidam* á quien no se dediquen después de su muerte tres ó cuatro *puffs* lamentables, encaminados á ensalzar las virtudes que el difunto tenía sin saberlo.

Y sin embargo, ¿qué historia podría ser mas interesante que la historia de un *calesin*?—Casi equivaldría á una epopeya entera.—Podrían contarse sus días felices, celebrar los esfuerzos que ha hecho por conservar su vida, y llorar á lágrima viva su muerte. Porque es de advertir que los *calesines* no han sucumbido de golpe, sino que han luchado animosamente por largo tiempo, contra la ingratitud de una época que ha ido arrinconándolos, contra el desden de una población entera, á la cual habían deparado tantos y tan estrepitosos gozos. No hay para que recordar el papel importantísimo que el *calesin* ha representado en los días de toros, en las giras campestres, y en todas nuestras fiestas populares: con sus vuelcos, sus vaivenes, y las aventuras que se han cobijado bajo sus capotas, ¡habría para escribir un libro!... Pero á pesar de todo, ha caducado, sin que la humanidad madrileña acierte á comprender como ha sucedido esa catástrofe.

El *calesin*, de cuyo principio nadie sabría decirnos cosa de provecho, no debiera haber tenido fin tampoco.—¿Quién podría efectivamente vanagloriarse de haber visto un *calesin* nuevo?—Si en la actualidad existiesen, no serían ni mas viejos, ni mas feos, ni mas sucios que en la época de su mayor esplendor. El *calesero* blasfemaría como blasfemaban sus compañeros del antiguo régimen, y el caballo continuaria siendo tan maullon y tan rebelde como lo fueron sus antecesores.

Con todo y con ello, sentimos en Dios y en nuestra ánima que hayan dejado de existir esta clase de vehículos, porque, á pesar de su decrepitud, eran eternamente jóvenes, vistosos y triunfantes. La simple vista de alguno que otro, que de Pascua á San Juan suele salir por esas calles vergonzantemente, evoca para nosotros un mundo de recuerdos. Con el *calesin* se han perdido una porción de tipos, que eran españoles hasta la médula de los huesos, y los cuales no carecían de gracia, por mas que diesen harto que hacer á la justicia. El *calesin*, en una palabra, nos trae á la memoria el Madrid de 1808, el Madrid anterior á las farolas de gas y á los alquileres de 6 rs. por hora, el Madrid, por último, que conocíamos antes de la invasión de los ferro-carriles, antes de lo que se llama el progreso de la civilización, y este recuerdo no puede menos de sernos grato.

Aquel Madrid valía por lo menos tanto como el Madrid de hoy día. ¿Qué se habrá hecho del público, que en los domingos y fiestas de primera clase se lanzaba á las afueras de la capital, mas ufano en sus *calesines*, que los patricios de la antigua Roma en sus dorados carros? ¿Será ese mismo público que desdeña en Recoletos la jota y las boleros tradicionales, por la galop y la polka mazurka? ¡Ay! no: las entonadas maritornes que al presente encubren sus manos con guantes varoniles, y sus robustos pies con vestidos que van haciendo las veces de escobas, no equivalen á las bellezas que con mantilla de franja de terciopelo de á terciá, y con aire recio y gesto crudo iban perdonando las vidas y haciendo estragos en las almas de los horteras mas insensibles. ¡Pobres *manolas*! ¿Cuál será el hombre de gusto que no eche de menos aquellos delicados talles, aquellos pies minúsculos, aquellas medias resbaladizas, aquellas galgas cuyas cruces encantaban al diablo, y aquel aire, en fin, con honores de huracán? ¿Qué buen efecto producían sus españolas caras entre aquellos dos impenetrables rizos de cabellos propios, bajo aquella mantilla manejada con desembarazo inimitable, y en medio del *calesin* que les servía de marco! ¿Qué fiereza había en aquellas negras miradas, qué brio, y qué empuje en todos sus movimientos! Jamás la pobreza hizo palidecer su inalterable alegría, ni su arrogancia cedió ante rey ni Roque!....

Pero ya no existen, y los *calesines* tampoco. Luego se dirá que Madrid va embelleciéndose de día en día, porque se revocan las fachadas de sus edificios, se remeten las rejas, y están obstruidas sus calles y plazas con centenares de coches de invención moderna, aunque tan desvencijados ó mas que los antiguos. Lo que Madrid hace, es irse volviendo formalote como el solo por una parte, y abigarrado por otra en grado heroico y eminente. Con la pérdida de los *calesines*, nuestra estragada é insípida juventud podría muy bien exclamar:

Ya me comen, ya me comen
por do mas pecado habia,

puesto que en vez de aquellas francas compañeras de viage tan modestas en sus pretensiones, tropiezan hoy con ciertas damas de medio carácter, cuyo apetito no se sacia con los patrimonios mas pingües, y las cuales secan el bolsillo y el corazón, antes de que sus víctimas puedan apercibirse de ello.

Véase, pues, como la desaparición del *calesin* ha influido también en nuestras costumbres y cuánta razón tendrían los hombres de algun peso, en deplorar su pérdida!

Por nuestra parte, confesamos ingenuamente que no pudimos contemplar con ojos enjutos uno que rodaba días pasados por la calle de Alcalá, que debía ser el último de los *calesines*, y el cual desaparecerá probablemente á la muerte de su propietario, si su propietario muere, cosa que nos es lícito dudar, porque desde que le conocimos, no ha sufrido ni en su traje ni en su *coram vobis* modificación alguna.

El *calesin* á que hacemos referencia, era un *calesin* de los mas castizos, con su capota negra adornada pródigamente de tachuelas amarillas, con su caja, amarilla también en el fondo, y enriquecida con las efígies de un bolero y una bolera en actitud de baile, y con sus ruedas endeble en cuyos rayos brillaban aun algunos destellos del indicado color, que habían resistido á las injurias del tiempo. El interior del *calesin* estaba forrado de damasco amarillo, de tafete verde y de bayeta encarnada, y guarnecido con flecos de catorce ó quince colores. El Pegaso que tiraba de él, sino tenía alas, era por lo menos algo mas fornido que los esqueletos de los carruajes de plaza, y su conductor, cuya cabeza ha encanecido á fuerza de meses y de tragos y en cuyo rostro se ven algunas cicatrices abiertas á punta de navaja, era un vejete seco y apergaminado, con voz aguardentosa, y provisto de su correspondiente sombrero gacho de inaveriguable material, de su marsellés de cuatro ó cinco colores, y de una fusta de Fresno, artísticamente cincelada por el poseedor en sus ratos de ocio.

El pobre *calesero*, atendido el desprestigio en que ha caído su máquina, debe ganar con harto trabajo su pan y la cebada de su bestia. Si realmente existe, si no es un espectro, consérvale Dios la vida largos años, y cuando la Parca tenga á bien meterle la tijera, pluga á la suerte que haya un corazón bastante artista que compre el *calesin* y lo ofrezca á cualquier museo, á fin de que perpetúe en él la memoria de una época, de la cual apenas quedan vestigios palpables, y el recuerdo de una juventud de rompe y rasga, que ya no existe.

ESTEBAN GARRIDO.

Poesías satíricas inéditas.

(Conclusion).

RESPUESTA DE LUIS HURTADO DE TOLEDO.

Es de prudentes dudar
en casos de repugnancia,
y dudando preguntar
para quitar la ignorancia
que el sabio suele hallar,
y así responderos quiero
que el hospital lastimero
nuevamente fabricado,
la prudencia le ha fundado
aunque yo he sido el obrero.

Mas póneme admiración
como siendo vuestros brios
de tan amplio corazón,
dejais los amigos míos
sin casa ni habitación:
naturales y extranjeros
me dicen que en vuestros fueros
hiciste cárcel de amor
en Santiago el Mayor
llamado de Caballeros.

Ello fué bien acordado,
porque los tales amores
aquí paran y han parado
y salen con los sudores
las joyas de enamorado;
y es cárcel de magestad
de todo estado y edad
donde están aprisionados
amantes y desamados,
cautiva la libertad.

Y cierto mucho quisiera
que para necios también
aquese edificio fuera,
porque curados estén
por de dentro y por de fuera;
vos direis que sus humores
no procedieron de amores,
y así la zarzaparrilla
en valde será pedilla
por ser los males mayores.

Bien lo tengo conocido
que no es su enfermedad

de hospital tan escogido,
y por tal contrariedad
el nuestro fundado ha sido,
en el cual tan apartados
están de los lastimados,
que por amores cayeron
cuán agenos siempre fueron
de sus sabrosos bocados.

Decís que el mundo es estrecho,
si todo fuera hospital
para estar tanto con trecho,
cierto está que todo mal
no fuerza estar en el lecho;
que algun enfermo se ve
con la enfermedad en pie
traella disimulado,
y otro de fiebre ó costado
quedarse donde cayé.

Así en esta enfermedad
procura siempre cualquiera
encubrir su necesidad,
pero á veces es tan fiera
que muestra su gravedad,
y así van al hospital
los de intolerable mal,
que de sí el mundo destierra
porque inficionan la tierra
con su ley pestilencial.

Para tal casa ni asiento
no vale estado y linage,
y en esto vivid atento
que siempre tendreis ultrage
del de mas bajo cimiento;
porque para prevenir
lo que le pueden decir
al necio toma la mano,
y de confeso ó villano
al bueno suele argüir.

Mas cesa la maravilla
de aquestos necios groseros,
y es mayor en no sentilla
muchos de los caballeros
que se estiman en Castilla:
que solo viven honrados
con los honores quitados
á los que tratan con ellos,
porque piensan poseellos
cuando son avoseados.

Y suételes suceder
con su intento una conseja,
que pensando mas valer
asi como á la corneja
los vemos desposeer;
arrimanse á las paredes
ó á las religiosas redes
á donde son conocidos,
y para ser socorridos
van vomitando mercedes.

Preguntais si tienen cura
los necios que han enfermado,
ya os lo dijo mi escritura,
que el accidente es curado
y el natural siempre dura,
que aquel que por accidente
deste mal cayó doliente,
en pasándose á aquel clima
purga lo que le lastima
siendo necio confitente.

Aristóteles ha puesto
la causa con gran razón
que ha sido la culpa desto,
y es en la generacion
y en el criar deshonesto,
porque el padre al engendrar
y la madre en el criar
son del necio culpados:
el por los muchos cuidados
y ella por se descuidar.

También suele suceder
por ventura ó desventura
del planeta en el nacer,
y deste barro y hechura
no nos cumple discernir,
solo sea agradecido
el que hubiese recibido,
que segun Cristo ha mostrado
al que tiene ser ha dado
y al falta desposeido.

Y caso que toda gente
no se acoga como digo
en casa tan preminente,
preguntaisme como amigo
si tiene quien le sustente,
de mas de los que conté
cuando el hospital labré;
hay muchos que cada día
dan sus diezmos á porfia
y algunos os contaré.

Sustentan este hospital
quien heredó y no guardó,
el que compró caro y mal
y barato lo vendió,
tornando blanca el real
los que compran al fiado
y los queman al contado
y el alma por el contento,

la truecan cada momento
y el vivir por el estado.

Quien por la honra la vida
pone y gloria por la fama,
quien persigue al de caída,
el que entre ricos derrama
y el que presta al homicida,
quien en pie trae su mal
y no muestra la señal
para que sea curado,
el que amores ha tratado
y no un solo amor leal.

Quien tiene poco dinero
y gasta sin advertencia,
el letrado vocinglero,
que corta sin experiencia
con cuchillo de madero,
y de mucho que he callado
se proveen salas y camas
de los galanes y damas
que al hospital han llegado.

Y antes que puedan entrar
les toman la confesion
en celdas bien de notar,
y es cosa de admiracion
que nunca saben negar
en convite y en el juego,
y en el camino dan luego
los necios señal probada,
sin la que vereis firmada
en su lenguaje y su pliego.

Por lo cual en conclusion
para que los conozcáis
basta vuestra discrecion,
sin que mas señas querais
de su disimulacion:
así por gracia especial
como discreto fiscal,
al que vieredes prended
por hacer bien y merced
á tan insigne hospital.

Maravillas del arte y de la industria.

X.

LA BRÚJULA.

Desde los tiempos mas remotos se conocia la propiedad que el iman tiene de atraer al hierro, y en el siglo XII se descubrió que el iman puesto sobre un corcho sobrenadando en el agua dirigia constantemente uno de sus lados hacia el Norte, y lo mismo se observaba en un pedazo de hierro tocado al iman. De experimento en experimento, se llegó a conocer que una aguja imantada ó magnética volvía invariablemente su punta hacia el Norte.

De este descubrimiento solo se sacó partido para algunos juguetes de fisica recreativa sin utilizarle hasta que se pudo deducir de él una regla segura para conocer el camino ó el rumbo que se llevaba en la mar y para que los navegantes abandonando el cabotage, se lanzasen impávidos á la alta mar en busca de remotas é ignoradas regiones.

La brújula ó aguja de marear es una caja de forma circular, en cuyo fondo están marcados los puntos cardinales del globo y los intermedios que forman la estrella de vientos, en cuyo centro y sobre un eje pequeño, gira libremente la aguja imantada, siempre vuelta hacia el Norte. Se cree que el nombre de brújula, se deriva del italiano *bussola*, que es el nombre de la caja en que se guardaba este instrumento antes de haberle dado la forma que hoy tiene; porque los italianos atribuyen á uno de sus compatriotas, Flavio Gioia, que vivió por los años de 1500, el honor de haber inventado la brújula sacando partido de la propiedad característica de la aguja imantada. El descubrimiento es tan bello que todos los pueblos se le disputan, y los ingleses pretenden, si no el honor de haber inventado la brújula, á lo menos el de haberla perfeccionado. Los franceses fundados en esa costumbre inmemorial de poner una flor de lis en la parte de la caja en que se indica el Norte, aseguran que la invención proviene de Francia, de donde la han tomado las demas naciones, y tanto mas, cuanto que por tradición de la marina francesa, se usaba en ella un instrumento equivalente á la brújula, al que se llamaba la *marinette*. A pesar de estas pretensiones todavía se puede asegurar, que los pueblos modernos recibieron la brújula de los árabes y estos á su vez de los chinos. Es de origen chino ese juguete del pececito de hierro imantado, sobrenadando en la superficie de una vasija llena de agua y además los chinos usaban la brújula hasta para las expediciones por tierra. Tenían un carro magnético que en la delantera llevaba una figura de madera representando un genio, el que daba vueltas sobre su eje ó se conmovía con el traqueteo del vehículo, resultando que siempre con el brazo derecho estendido indicaba el Norte, porque en él llevaba una aguja imantada oculta ó visible, é indicando el Norte, marcaba por consiguiente los otros puntos cardinales.

La brújula es un instrumento tan útil, que no es de admirar e que todos los pueblos se disputen el descubrimiento, á ella se deben esos atrevidos y remotos viajes que hubieran sido mirados como fabulosos por los pueblos de la antigüedad, para los que la navegación fué una empresa mucho mas difícil que lo que es hoy en día, habiendo sido celebradas las cortas navegaciones de la antigüedad como hazañas maravillosas, dignas de ocupar á los primeros poetas. Y es por cierto de admirar, que los antiguos no hiciesen el descubrimiento de la brújula, habiendo estado tan cerca de ello, pues

Platon no cabe duda de que conoció las propiedades del iman, al que llama piedra *herculea* por su fuerza de atraccion, y Aristóteles en su tratado *de lapidibus*, hace mencion de esta pretendida piedra, pudiéndose inferir que reconoció en ella los dos polos, septentrional y meridional. Pero estaba reservado al siglo XII el hacer aplicacion del iman desconocido por los antiguos, inventando la brújula, que es para el porvenir de la marina europea, tanto como la imprenta para las obras de la inteligencia.

A los sinsabores y angustias que el inmortal Colon sufrió en su primer viaje para el descubrimiento de América, se agregó la observacion de un alarmante fenómeno, y mas todavía en la critica situacion en que los navegantes españoles se encontraban. Hasta entonces habia sido fiel la aguja magnética para dirigir la marcha y marcar los cuatro puntos principales, cuando de improviso, y así que las carabelas pasaron el meridiano de las islas del Cabo Verde y de las Azores, se advirtió que la aguja de la brújula, en vez de dirigirse directamente hacia la estrella polar, declinaba un grado entero, y como se ha comprobado despues, en direccion al Poniente la aguja declina al Noroeste, y en direccion al Oriente la aguja declina al Nordeste un grado entero. Semejante fenómeno consternó con razon á los españoles, porque suponía una revolucion en las leyes de la naturaleza, y hacia que fuese en extremo temeraria la empresa de pasar mas adelante, cuando les faltaba el hasta entonces mas seguro guia de la navegacion. Esta es la hora en que, á pesar de repetidas observaciones, la ciencia no ha explicado satisfactoriamente las causas de estas variaciones magnéticas; pero los españoles, así como fueron los primeros á notar el fenómeno, tambien fueron los primeros que estimulados por la necesidad de fijar el rumbo en sus expediciones, se dedicaron con mas ahínco á perfeccionar el arte de la navegacion, difundiendo los verdaderos principios de la astronomia náutica. Andrés de San Martín, uno de los pilotos que acompañaron á Colon, ya se valió de observaciones de las distancias del sol á la luna y otros planetas, para deducir la longitud. Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo de los primeros monarcas de la casa de Austria, trabajó mucho para obtener la longitud por medio de las variaciones de la aguja magnética, y consiguió presentar al emperador Carlos V un mapa de variaciones magnéticas en todas las partes del mundo, para que sirviese de guia á los pilotos, trabajo que supone un largo estudio para meditar y comparar las diferencias de direccion de la brújula en todos los puntos del globo, y que tiene el mérito de haber sido el primero de su especie en el mundo, por mas que los trabajos astronómicos y náuticos de este marino, así como los de Enciso, Medina, Martín Cortés y otros españoles hayan sido entregados al olvido.

Los pilotos de todas las naciones han fijado su conato en rectificar las equivocaciones que se originan de las variaciones de la aguja de la brújula, luchando para conseguirlo con todo género de dificultades, y emprendiendo por conseguirlo viajes costosos y arriesgados. Esto prueba la importancia que dan á aquel auxiliar poderoso de la navegacion, y con efecto, con el auxilio de la brújula es como se verifican esos viajes de circunvalacion, que enriquecen á las naciones y hacen que cambien entre sí los productos de su suelo y de su industria. A ella se deben los descubrimientos, las conquistas y expediciones de los tiempos modernos, y solo por ella vemos que pueblos remotos y desconocidos entre sí, establezcan esas relaciones que hubieran parecido imposibles y quiméricas si se hubiesen aniciado antes de realizarse.

F. F. VILLABRILLE.

La isla de Wight.

Desde que Londres está menos distante de París, que lo estaba Chartres hace veinte y cinco años, he caído mas de una vez en la tentacion de visitar ese país, único en el mundo, en donde las cosas y los hombres, las instituciones, las costumbres, los caprichos, las ridiculeces, y en fin, hasta el buen sentido de un pueblo, que sabe gobernarse, lleva impreso el sello de una singular originalidad, y ofrece un perpetuo asunto de estudio á los hombres ilustrados del continente. En una excursion reciente, deseoso de visitar la Inglaterra, bajo uno de sus aspectos menos conocidos entre nosotros, emprendí un paseo por los condados manufactureros del Norte y los de Gales, en los que me detuve con particularidad. Bangor con su célebre puente sobre el estrecho del Menai; Chester con sus murallas y su antiguo castillo, cuya rosada tinta produce tan buen efecto en el paisaje, me retuvieron largo tiempo. Allí encontré ese verdor imposible á fuerza de ser extraordinario, que es uno de los rasgos distintivos del paisaje en Inglaterra.

Habia visto esos árboles de formas magestuosas, de follaje graciosamente cortado, en una palabra, esos sitios encantadores, tales como nos lo representan los dibujos de Harding y de Callou, y que son y deben ser para nosotros un objeto de duda, hasta que nuestros ojos no se aseguran por sí mismos de la realidad. Todas aquellas maravillas me tenían embelesado, y manifesté mi admiracion á presencia de algunos amigos que cuento en el territorio inglés. Tambien ellos habian visitado esos diferentes puntos de su país, y participaban de mis sentimientos; pero cuando hablaba de sitios pintorescos, todos me aseguraban que lo que habia visto no era nada en comparacion de la isla de Wight.

Segun ellos, era un pequeño Eden, un verdadero paraíso. Desconfiaba un poco, en verdad, de tan escusivas alabanzas, temia que el amor que cada inglés profesa á su soberana, no le hubiese dado tambien una desmedida afición al pequeño rincón de tierra, á donde todos los años va á descansar de las penalidades y fatigas que lleva consigo la dignidad real, y en fin, temia ser victima inocente de esa admiracion á la persona de la reina, que resaltase patrióticamente sobre la isla encantada.

Esta opinion, ó si se quiere, esta preocupacion, se habia aumentado con la inspeccion de la carta, y á pesar del proverbio: «las cajas pequeñas suelen contener los mejores ungüen-

tos,» no podia persuadirme que pudiera encontrar en algunos centenares de millas cuadradas, todas las maravillas que me anunciaban. Por último, renunciando, bien á pesar mio, á un viaje á Escocia, me decidí á dar una vuelta por la isla, y la visité como observador y como artista, es decir, lentamente, y deteniéndome en donde quiera que me llamaba la atencion, un sitio cualquiera, mar, ribera escarpada, castillo ó palacio, y volví de ella como todos los que me habian precedido, con la admiracion en el corazon y el elogio en los labios. Este viaje es el que voy á tratar de referir aquí. Guia tan fiel como imparcial, señalaré á mis lectores lo bueno y lo mediano: diré al aficionado á vinos, en donde puede encontrar al fonda en que se sirven buenas comidas y hay excelentes camas, porque estas dos cosas son de mucha importancia en Inglaterra. Al viajero fashionable, le indicaré las playas mas unidas y agradables, aquellas á donde desde el mes de julio, acude la aristocracia de los tres reinos, y en fin, á los artistas les señalaré los parages en que deben detenerse, aquellos de que deben desconfiar, y los que les conviene dejar á un lado. De este modo, libraré á mis lectores de ese monstruoso abuso de los itinerarios, azote del viajero, y sobre todo del viajero en Inglaterra, de que yo acabo de ser victima, y que para llegar á daros á conocer una cosa notable, os hacen pasar antes por mil decepciones ó engaños. No desperdiciaré ninguna ocasion de marcar esos objetos nefastos con una cruz negra, que diga á mis sucesores como la inscripcion de Pompeya, *Cave Canem*. Estarán, pues, advertidos, y deseo que me crean bajo mi palabra, y que se aprovechen de mi reciente experiencia.

Nos hallábamos ya á fines de julio, y las elecciones de Londres y de sus cercanías á que habia asistido, y que por su carácter escepcional y su estrañeza no puedo menos de confesar que me interesaban vivamente, acababan de concluir. Nada me detenía en la capital del Reino Unido, é hice bien pronto mis preparativos de marcha. Un saco de noche, un taburete de pintar en la mano, y sobre la cabeza un sombrero de fieltro adoptado indistintamente en el país por las gentes del campo y los caballeros, componian todo mi equipage, que debia serme suficiente para una excursion de ocho dias, que pensaba hacer bajo el simple punto de vista artistico, es decir, dejando á un lado toda pretension fashionable. Una mañana partimos, pues, por el South-Eastern, y en algunas horas llegamos á Southampton; digo que partimos, porque no iba yo solo.

Tenia por compañeros dos ingleses muy joviales, epíteto que no deben extrañar mis lectores, pues le empleé á propósito. Uno de aquellos dos amigos era discípulo de Alfredo de Dreux y de Eugenio de Lami, y el otro habia pasado muchos años en Francia, por lo que ambos habian perdido aquella fria seriedad y melancolia, tan parecida al spleen, de que con tanta frecuencia suelen hallarse dominados los ingleses jóvenes; el primero, por el contrario, habia adquirido en los talleres de las artistas célebres una vivacidad, una alegría y una locuacidad enteramente francesas; y el otro, que sin ser artista apreciaba y comprendía las artes, contrajo además en la sociedad parisiense un poco de esa expansion que se conceptúa uno feliz de encontrar en su compañero de viaje.

Despues de dirigir una mirada al puerto de nuestro embarque, bogábamos á toda vela y vapor en direccion de Cowes; al ver la rapidez de nuestra marcha, y la prisa que el capitán tenia por conducirnos á bordo, hubiérase dicho que llevábamos con nosotros á César y su fortuna. No debíamos tardar en conocer el motivo de aquella prodigiosa velocidad.

Cowes se compone de dos partes distintas, situadas en cada una de las orillas del Medina, riachuelo que forma en su embocadura una especie de bahía que se llama Solent: á la derecha se halla West-Cowes, la mas imponente de las dos, la verdadera ciudad en realidad, y á la izquierda East-Cowes, que todavía no es mas que un arrabal insignificante, pero que indudablemente destronará á su hermana, merced á su posicion escepcional, que la hace la centinela avanzada de Osborne, mansion de S. M. la reina. Como casi todos los pasajeros del steamer iban á West-Cowes, vimos con sorpresa que el capitán se dirigia primero á East-Cowes, punto mas distante, lo cual necesariamente le habia de obligar á retroceder para ponernos en tierra; mas por fin nos fué explicada aquella estraña maniobra. Llevábamos á bordo las provisiones de boca de la reina, barriles de salmónes y banastas de albérrchigos y de uvas; y he aquí por qué no teniendo á bordo á César y su fortuna, sino sus víveres, habíamos efectuado con tanta rapidez nuestra travesía y alargado mas de una milla el camino que debia conducirnos á nuestro destino.

La vista de aquellos comestibles reales, tan á propósito para hacer venir el agua á la boca, excitó nuestro apetito; así fué, que la primera palabra que pronunciamos fué el pedir que comer. *Vine-Hotel*, situado en el mismo puerto, es digno de alabanza bajo todos conceptos, y le cito con el de Ventrnor, como uno de los mejores y mas confortables de la isla. Desde las alturas de Cowes se goza de una vista magnífica; tambien puede visitarse á West-Cowes-Castle, pero no invito á nadie á que permanezca mucho tiempo en ese punto: debe irse en un barco á ver desde en medio de las aguas del Solent á Norris-Castle y Osborne, y despues emprender, como nosotros hicimos, el camino de Newport.

Ese camino es verdaderamente delicioso: las orillas del Medina en las inmediaciones de Medina-Mills, grandes establecimientos en donde se fabrica argamasa romana, y sobre todo, al llegar á Newport desarrollan los mas encantadores paisajes. No es todavía el país mas hermoso, pero el verdor de aquel pequeño rincón de la isla no carece de mérito.

Newport, por su importancia y su posicion en el centro del país, es la verdadera capital de la isla, pero no tiene otro título para la curiosidad del viajero. Como en las demas ciudades de Inglaterra, sus casas son limpias y sus calles rectas y tiradas á cordel. Lo que quizá ha hecho que yo no conserve de ella un recuerdo mas agradable, es que como en Ryde, tuvimos la desgracia de llegar al día siguiente de las elecciones, ceremonias políticas en que la cuestion gastronómica está muy lejos de quedar olvidada, porque á todas nuestras preguntas nos contestaban invariablemente con estas palabras: «Estamos muy disgustados, señores, no tenemos absolutamente nada, porque ayer fueron las elecciones.» Ya he dicho al principio que no habíamos emprendido nuestro viaje con un objeto gastronómico, y bajo este aspecto no se puede sospechar que estuviésemos de mal humor; pero cuando se cuenta con una posada regular, buena cena y cómoda cama, y en lugar

de eso solo se encuentra mas que una ánade flaca que llevarse á los dientes, y unas habitaiones mezquinas, (porque las demas las tenían tomadas los electores que digieran en ellas á su satisfaccion los comestibles cuya carencia nos habian participado) hay algun motivo para quejarse.

Pasado ese pequeño acceso de mal humor retrospectivo, me apresuro á decir á mis lectores, que en tiempos normales, ó lo que es igual, pasada la época de las elecciones, creo que pueden quedar contentos de la fonda de Newport, *Bugle-inn*. Si Newport no tiene nada de interesante por sí mismo, posee al menos en sus cercanías las nobles y antiguas ruinas de Carlshook-Castle, que fuimos á saludar. Fueron en otro tiempo la prision del desgraciado monarca Carlos I, que en las largas horas de su cautiverio, debió reflexionar amargamente en las vicisitudes de las revoluciones, asunto que ha llegado á ser en el día comun á todas las testas coronadas. En ciertos días, la música del regimiento que se halla de guarnicion, ejecuta en las praderas del palacio polkas y walses para que se diviertan los habitantes de la ciudad. Suavemente complacidos con aquella melodía al aire libre, y fija la vista en el magnifico panorama que se desarrollaba á nuestros pies, hemos pasado allí ratos muy agradables. Despues de una comida en la fonda de Newport, y de pasar una noche en ella, nos apresuramos á partir, ya he dicho por qué. Así es, que al día siguiente muy temprano ya estaban hechos nuestros preparativos.

Nos habian aconsejado en Newport que tomásemos un *fly* para trasladarnos á *Freshwater-Gate*: nos ajustamos, pues, con un cochero de la fonda, que debia llevarnos á jornadas cortas á Ryde. Nuestro vehiculo era un bonito *Brongham*, que hubiera podido tener graves inconvenientes en tiempo de lluvia, pero que, por el contrario, gracias á un hermoso sol que nos favoreció durante todo el tiempo de nuestra excursion, debíamos preferirle á cualquiera otro. El camino que conduce desde Newport á Freshwater es muy variado, y á uno y otro lado tiene setos como los de nuestros jardines.

Freshwater-Gate, no tiene mas que dos paradores ó fondas: como su nombre lo indica, no es mas que una ensenada formada por la declinacion de la costa á derecha é izquierda, adoptada por los bañistas, quienes ademas de la hermosura del pais y la inmediacion de las *Needles*, encuentran allí una playa deliciosa, y todo el atractivo de la vida de la ciudad. Colocado nuestro equipage en Albion-Hôtel, nuestro *fly* nos condujo á Alumbay, por un pais inculto y medio agreste, en donde no brotan mas que aliagas y un poco de yerba, y en que los conejos y carneros, que viven allí en compañía, son los únicos seres animados que se encuentran. *La Chine d' Alumbay*, (llámase así toda abertura profunda de la costa que permite bajar á la ribera), causa sorpresa y admiracion, porque es la primera que se presenta: sin embargo, está muy distante de



Isla de Wight-Cowes; punto de arribo á la isla.

ser la mas notable de la isla. Lo verdaderamente hermoso en aquel sitio, es el aspecto de la costa de la izquierda, y los variados matices de aquella arena fina, que desciende en

largas quebradas hasta el mar, aquella costa brava magestuosa y cortada á pico, y aquel mar que dibuja en el horizonte una linea del mas hermoso verde esmeralda. Si os sentís con el corazon fuerte, si no teméis el balanceo de un barquichuelo de pescador, tomad una barca, é id á ver las *Needles*, esas agujas de piedra que salen de en medio del mar, tocad al paso en *Scratchell s' bay*, y volved siempre por agua á *Freshwater*. Aunque os tuviéseis que marear y no ver todo eso mas que con un ojo, es decir, no ver nada, es una necesidad incómoda, lo confieso, pero á que es forzoso someterse: al regreso no podríais decir sin mengua, que no habíais visto esas agujas, que son en realidad una de las maravillas de la isla de Wight. ¿Y quien sabe si habreis escitado en ese paseo un apetito formidable?... yo, por mi parte, os prometo de antemano, que aunque vuestro estómago sea el mas delicado del mundo, quedará satisfecho de la cocina de *Albion-Hôtel*. Luego, al levantarnos de la mesa, y para fumar un cigarro, lo que estaria mal visto que hiciéseis en lo interior de la fonda y aunque fuese en vuestro cuarto, volved á ver desde tierra firme y con un antejo las *Needles*, que desde lo alto de la costa, divisareis en el horizonte medio sumergidas en la bruma, y en seguida podreis acostaros, porque el día siguiente será un poco fatigoso si habeis de pernoctar en Ventnor.

Desde Freshwater á Ventnor, el camino trazado sobre la misma cúspide de los *Cliffs*, permite siempre ver el mar, que se halla á vuestros pies, á una profundidad considerable: dejais á la espalda los dos grandes peñascos de la bahía de Freshwater, y el monumento funerario de un joven inglés, que hace algunos años se mató, cayendo desde lo alto de la costa. El paisaje es árido y agreste: no tiene mas habitantes que los guardas de los *Turn-Piches*, encargados de cobrar, al pasar los carruages, el impuesto que en otro tiempo se exigía en ciertos puntos de la capital, y de que la revolucion de 1848 ha librado á los parisenses. Vuestro cochero querrá sin duda deteneros en Brixton para que descanséis su caballo, que despues de la especie de subida que acaba de efectuar, debe realmente necesitarlo. Pero insistid en que se detenga mas bien en Mottestone, aldea situada un poco antes de Brixton, y mientras que el animal y su dueño descansan, dirigid la vista atrás en direccion de Freshwater, y os prometo uno de los panoramas mas grandiosos que podeis imaginar. Si me creéis, id derecho y sin deteneros otra vez, á comer al parador de San Roque. Supongo que habreis salido de Freshwater despues de almorzar, y que llegareis á las seis de la tarde: allí pernoctareis ó seguireis á Ventnor aquella misma noche: así lo hicimos nosotros, y os aconsejo nos imiteis.

He prometido al principio ponerlos en guardia contra las mortificaciones del guía y del itinerario, y señalarlos las maravillas sospechosas, cuya fama ha sido consagrada por la absurda admiracion de los viajeros en general, cuando en el fondo no es mas que una burla. El *Black*



Osborne-House, residencia de la reina de Inglaterra en la isla de Wight.

Gang-Chine, situado á alguna distancia del parador de San Roque, es uno de esos sitios netastos. Figuraos una escalera desigual cortada en la peña, y que se emplea un cuarto de hora en bajar. Cuando llegais al pie de ella, vuestro guía os dice que levanteis la vista y admireis. ¿Qué he de admirar? preguntais, y os contestan: la cascada. Pues bien, en estío no hay allí mas que polvo, y á pesar de toda mi buena voluntad, no pude descubrir el mas pequeño hilo de agua. Preguntais, si no hay otra cosa mas que ver, y os contestan, «la Chine.» No le sacais mas respuesta á vuestro guía, quien, si no admirais lo que el admira de buena fe, (quiero creerlo así) y hace admirar á todos los viajeros que han llegado antes que vos, se sonreirá de compasión y se encogerá de hombros, lo que en todas las lenguas del mundo significa que sois un necio. Dichoso si no teneis que sufrir mas que ese engaño, pues os harán subir la escalera que tiene cuatrocientos escalones; nuevo suplicio sobre todo cuando hace un calor de 40°. Ya en lo alto, como sin duda tendreis hambre y sed, habreis de pasar por las garras de un posadero, verdadero árabe del desierto, que os impondrá un rescate con la mayor desvergüenza, y os pedirá oro por el mas infimo comestible ó la mas pequeña botella de sodawater. Creedme, si os atreveis á arrostrar el que dirán, pasad sin deteneros y con altivez por delante del *Black-Gang-Chine*, y su posada de odiosa memoria. El parador de San Roque con sus deliciosos jardines no está lejos, y os indemnizará ampliamente de todas las *Chines*, y de todos los posaderos del mundo. Desde San Roque á Ventnor el camino es verdaderamente soberbio. Recorredle por la tarde, como hicimos nosotros, algun tiempo antes de ponerse el sol, y vereis esos mágicos efectos de sombra y de luz, que dan á los objetos un carácter de grandeza y de magestad, mucho mas asombroso que durante el día. A vuestra derecha teneis el mar, á vuestra izquierda los *Vuderciffs*, série continua de cuevas y laderas, unas veces áridas y desnudas, como ciertas partes de las montañas de los Pirineos, y otras, por el contrario, resplandecientes de luz y de frescura como los hermosos valles de la Suiza, que desplomándose al parecer desde el pie de las inmensas rocas sobre el camino, descienden formando caprichosas ondulaciones hasta la orilla del mar. En fin, ya estamos en Ventnor; y á todos cuantos me lean y caigan en la tentación de dar la misma vuelta que yo, les diré como en el *Chalet*; *detengámonos aquí*. ¿Sois poeta, pintor, ó simplemente viajero por curiosidad que desea la comodidad? pues de cualquier modo quedareis ampliamente satisfecho. Seguramente, si yo estuviese encargado de expedir patentes de lujo, aseo y abundancia á los diferentes paradores y fondas de la Isla, la fonda titulada Real, figuraria, sin duda alguna, la primera en la lista. Menos fashionable tal vez que Ryde, Ventnor tiene tambien una magnífica y estensa playa, que los



Carisbrook-Castle, prision de Carlos I.

bañistas, cuyo gusto comprendo muy bien, prefieren y visitan en gran número. En sus inmediaciones todo merece la atención del artista. Aparece en primera linea el palacio ó castillo de *Apuldurcombe*, en el condado de *Yarborough*, notable por su bella arquitectura, pero despojado desgraciada-

mente hace algunos años de los árboles seculares de su parque y de su magnífica galería de pinturas. Sigue luego *Sleep-Hill-Castle*, magnífica residencia de monsieur Jhon Hambrough, construida hace poco tiempo por el estilo gótico, con minucioso esmero y escrupulosa exactitud. Desde la azotea del palacio se disfruta de uno de los paisajes que recuerdan los del Ponsino. Vénse dilatadas praderas en donde pacen en libertad animales de distintos géneros, á las que dan sombra árboles de grandiosa elegancia, y en el fondo, cordilleras de montañas nobles y severas que completan admirablemente el cuadro. Entregando una targeta al propietario, os permitirá visitar el parque y el palacio. Sin embargo, si no sois mas que artista por afición, tened cuidado de insinuar esta circunstancia en la conversación, porque es una precaución que á mi se me olvidó tomar. Os valdrá, de parte del joven y distinguido propietario, una acogida menos reservada y mas expansiva. Ya sabeis que en Inglaterra existen todavia ciertas preocupaciones muy fuertes, y que barreras insuperables separan allí á las diferentes clases de la sociedad. El obrero del pensamiento, como suelen decir los franceses, es á los ojos de un noble inglés, un verdadero obrero, un *workman*, que como los demas, se sostiene con su trabajo. Por consecuencia de esa idea equivocada, se halla colocado en un grado mas bajo de la escala social, que el heredero de una de esas grandes fortunas patrimoniales que solo se encuentran en Inglaterra, y no tiene derecho mas que á una suma menor de miramientos y consideraciones.

Os deseo que no tengais limitado el tiempo, y si así fuese, os invito á que permanezcáis en Ventnor algunos dias, que encontrareis sin dificultad en que emplear agradablemente. Todavía teneis muy inmediatos á *Cookes-Castle*, *Bonchurch* y el *Bonchurch-Pund*, paseos deliciosos, sitios encantadores, verdaderos paisajes de *Keepsake*.

Si por el contrario teneis contados los instantes, dirigios en seguida, como nosotros, hacia *Ryde*, á esos sitios que acabo de nombraros, y los saludaremos al paso, llevando á un mismo tiempo el pesar de no permanecer algun tiempo en ellos, y el deseo de volverlos á ver. Hacia el anochecer llegaremos á *Shanklin*, por una bajada abierta á pico, desde cuya meseta se descubre la población graciosamente situada en medio de una ladera y sobre las alturas. Todavía quedará bastante dia para visitar á *Shanklin-Chine*, delicioso laberinto de verdor, y para admirar por todos lados esos innumerables collados, medio perdidos entre los árboles, deque ese rincón parece ser la tierra clásica; y en fin, para abrazar con una mirada la magnífica bahía de *Sandown* que se estiende al país de la ciudad, y la hace una mansion deliciosa para los baños. Luego provistos, como un pequeño recuerdo del país, de un brazalete ó un alfiler con piedras



Sleep-Hill-Castle, residencia de M. Hambrough.

de colores, comprado en la misma Chine, volvereis á subir en el carruaje, y dos horas de un camino encantador, por en medio de las tierras y no por la orilla del mar, os conducirán á Ryde.

Allí habeis llegado al término de la vuelta que os he hecho dar un poco rápidamente, si es que me habeis querido seguir. Sin embargo, no creo os hayais cansado, y mas bien supongo que si deseais recogeros, es para coordinar y clasificar en vuestra memoria todas las bellezas que acabais de ver, para lo que os invitaré á que os detengais un día en Ryde. Sencillo arrabal en otro tiempo, es en el día una verdadera ciudad, pero ha perdido su mérito pintoresco y artístico: Ryde tiene calles anchas y hermosas, muy buenas fondas, especialmente la de *Pier*, tiendas como en *Regent-st Street*, carruajes lujosos, y en los meses de julio y agosto, una multitud de elegantes y aristocráticos bañistas.

Mas si por casualidad sois aficionado á espectáculos náuticos como el que presenta el Sena entre Asnieres y Argenteuil, Ryde tendrá para vos un atractivo enteramente particular. Esta ciudad posee un *yacht-club*, que cuenta en la numerosa lista de sus miembros los mayores nombres de la Inglaterra, y que da todos los años, á fines de julio, regatas cuyos premios son disputados por yachts de todos los países. Si vuestra buena fortuna os introduce con el propietario de un yacht de los que toman parte en la carrera, y os permite subir á su bordo, dareis vuelta á la isla en seis ó siete horas, de una manera deliciosa: volvereis á ver desde el mar lo que no habeis hecho mas que entrever en tierra, y ese segundo viage, ejecutado á la inversa, tendrá al menos para vos el atractivo de la novedad. Nosotros fuimos demasiado felices para emprenderle, y despues de descansar un día, tomamos el barco de *Portsmouth*, á donde llegamos al cabo de una media hora.

El tren del camino de hierro no debía salir para Londres hasta pasadas dos horas, y aprovechamos ese intervalo para ir á dar un paseo por la bahia de *Spithead*, en donde en 1782, zozobro el desgraciado *Real Jorge*, y para visitar en el puerto el navio á cuyo bordo fué herido Nelson en Trafalgar, convertido en el día en navio escuela. Al volver, la gran campana del astillero, reciente trofeo de la campaña de China, que llamaba al trabajo á los obreros, nos advirtió tambien que ya era tiempo de que nos diésemos prisa: partimos, pues, y por la noche ya estábamos en Londres.

Los ocho días que habíamos estado ausentes de él, transcurrieron rápidamente, con demasiada celeridad seguramente para cada uno de nosotros: á los que sigan nuestro ejemplo los deseo mayor ventura.

Nuevo generador para las máquinas de vapor.

El *Monitor* de Paris publica los siguientes pormenores acerca de un nuevo generador para las máquinas de vapor:

Mientras que Mr. Ericson se ocupaba en América en sustituir el aire caliente al vapor, un francés, Mr. Belleville, ingeniero civil de Nancy, inventaba un nuevo generador, que parece destinado á hacer grandes servicios á la industria y á la locomoción.

El aparato de Mr. Belleville ha salido del estado de teoria; hace ya algun tiempo que funciona en Labriche, cerca de Saint-Denis, en los talleres de hierro crudo estirado de monsieur Gandillot, en donde Mr. Belleville ha encontrado tubos convenientes para establecer su aparato.

Visitáronlo varios ingenieros ilustrados, y todos justificaron el buen éxito de esta invencion y las inmensas ventajas que debe producir, asi en punto á la seguridad, como á economía de espacio y de combustible.

Consiste el nuevo generador en una sencilla serpentina; que no ocupa la décima parte del sitio de los demas aparatos, no puede sufrir explosion, aunque en ella se produzca instantáneamente la vaporizacion. Un oficial de marina, que acaba de examinarlo, ha dado acerca de él el siguiente dictámen:

Cuando se considera en sus aplicaciones posibles á la marina imperial, la invencion de Mr. de Belleville, lo que resulta inmediatamente en el examen de este aparato es: 1.º la supresion del agua en las calderas; 2.º la supresion del depósito de vapor; 3.º la economía de 30 por 100, por término medio, en el combustible.

Examinemos rápidamente estos tres resultados, y fijemos las ideas por medio de guarismos.

Encuentro en el cuadro general de las dimensiones de los aparatos de vapor marinos para una fragata de vapor de 630 caballos: volumen de agua contenido en las calderas, 63 metros cúbicos, 701 (tomando por base del valúo el guarismo relativamente pequeño de 98 litros de agua por caballo): capacidad del depósito de vapor, 95 metros cúbicos 330 (á 147 decímetros cúbicos por caballo). Resultaria, pues, en este caso, del uso del generador de Mr. Belleville, una economía de sitio de 139 metros cúbicos 231, y una supresion de 65 toneladas de peso.

Siendo el consumo de carbon de una fragata de vapor de esta clase, de cerca de 70 toneladas diarias (tomando por base del valúo el guarismo moderado de 4 kilómetros 500 por caballo y por hora) su abasto para doce dias es de 852 toneladas; la economía de 30 por 100 sobre el combustible, da pues un ahorro de 416 toneladas de peso, que añadidas á las 65 toneladas que resultan de la supresion del agua en las calderas, produce un ahorro de 479 toneladas; ó de otro modo, se puede abastecer el barco de carbon para catorce dias mas, ó sean veinte y seis dias en lugar de doce.

Para apreciar la estension de estos resultados, es menester saber hasta que punto el aumento de sitio y de disminucion de peso, son cosas preciosas á bordo en todo tiempo, y han llegado á ser ahora en los barcos mistos y con auxiliares, necesidades tan imperiosas que, para obtenerlas, hasta reduce el abastecimiento de los viveres y del agua destinados á las tripulaciones.

Estas no son, sin embargo, mas que las ventajas del sistema, cuya evidencia es palpable, y que desde luego producen

una viva impresion en las personas familiarizadas con la aplicacion del vapor á la navegacion. Otras hay que no por eso dejan de tener mucha importancia. Y desde luego cuento la prontitud en calentar, que es sorprendente en el aparato de Mr. de Belleville.

Cuando la señal del almirante que manda fuerzas navales ha dado á los vapores la orden de encender los fuegos, ya para tomar á remolque los barcos, ya para dar pronto auxilio á un barco en peligro, todos los marinos ven con dolor el humo negro y espeso que sale de las chimeneas durante una hora y tres cuartos, y hasta dos horas, antes de que el vapor, lanzándose por fin por el tubo de desahogo, indique al comandante en jefe que están listos los barcos para ejecutar sus órdenes.

En tiempo de guerra, una de nuestras escuadras ve señalada una escuadra enemiga; segun todas las probabilidades, esta escuadra se compondrá en gran parte de barcos con máquina auxiliar, es decir, de barcos que reservan con cuidado su corto abasto de combustible para los casos muy graves, y sobre todo para el combate. Encenderán, pues, inmediatamente sus fuegos; pero la fuerza enemiga estará á tiro de cañon antes que la lentitud en calentar les haya permitido obtener la presion necesaria para cooperar ya á la rectificacion del orden de la batalla, ya á las evoluciones dictadas por las circunstancias.

Por medio del generador de monsieur Belleville, se obtiene fácilmente la presion en un cuarto de hora, y hasta en diez minutos. Produce ademas la posibilidad de elevar instantáneamente á la fuerza de muchas atmósferas la presion del vapor, y de aumentar muy considerablemente la potencia de la máquina; y esto sin que sea menester avivar mucho el fuego, de un modo sostenido, pero siempre lento en sus efectos, como sucede ahora cuando se quiere obtener un aumento de presion, por lo demas muy limitado. Esta facultad es preciosa, sobre todo en la marina de guerra, en la cual sucede á menudo que las máquinas no tienen fuertes proporciones sino con objeto de llenar condiciones de potencias del todo accidentales, y de vencer resistencias raras y anómalas.

Ademas de estas ventajas considerables, otras tiene el aparato de Mr. Belleville, que tambien son de importancia, á saber: la imposibilidad de las explosiones, demostrada por la misma naturaleza del aparato y el modo de formarse el vapor; la violencia de la circulacion en la serpentina, que impide en parte la formacion de residuos y constituye un medio sencillo y eficaz de una completa limpieza, la supresion de las estracciones que complican el mecanismo y consumen sin producto ninguno la cantidad de calorico que sirve para calentar cerca de la tercera parte de la masa total de agua contenida en las calderas, tercera parte que es necesario extraer para evitar la formacion de residuos; la economía de metal, de mano de obra, de peso, etc., que resulta de la supresion de tubos, planchas, cajas para humo, láminas de agua, depósitos de vapor, etc.; la posibilidad de establecer el generador en espacios de una configuracion cualquiera, de darle formas bastante chatas para que en ningún caso, á bordo de ningún barco, pueda elevarse mas arriba de la línea de agua, y esté siempre, por consiguiente, al abrigo de las balas, etc.

Lo que aquí se ha dicho con respecto á la marina de guerra, se aplica casi completamente á la marina mercante; lo que una gana en potencia militar, lo gana la otra en potencia comercial. La economía de combustible que resulta del aparato de Mr. Belleville, permite en efecto á los barcos del comercio el que dupliquen las travesías ó aumenten la cantidad de las mercancías que pueden trasportar; las pequeñas dimensiones del generador les proporciona ademas un espacio antes perdido, etc.

El invento de Mr. Belleville no es, pues, únicamente un procedimiento útil para la industria, es un gran paso que acaba de dar el vapor, un verdadero servicio hecho al país, porque constituye un elemento de prosperidad para su marina mercante, y un elemento de potencia para su marina militar.

Variedades.

HISTORIA QUE PARECE NOVELA. Leemos lo siguiente en la *Crónica* de Nueva-York.

Vamos á proporcionar á los suscritores de novelas algunos hechos de la vida real contemporánea, que necesitan de pocos adornos para hacer con ellos una novela interesante. Sin serlo el que vamos á referir, no creemos que pueda ser leído sin todo el interés con que la imaginación mas romántica pueda revestir una de sus lúgubres escenas. Se suprimen los nombres propios en consideracion á los actores que sobrevivieron al drama, el cual bien pudiera llevar por título el que encabeza estas líneas. La historia es la siguiente:

Un rico mercader americano, de Nueva Orleans, se casó con una señorita criolla y rica, la cual llevó al matrimonio entre sus propiedades y esclavos una mulata costurera, con una hija de siete años, esclava como su madre. Tan sorprendido quedó el marido al contemplar la extraordinaria belleza de la niña esclava, cuyo color y facciones habrían servido para caracterizar á la mas pura raza italiana, que resolvió sacarla de la vida de degradacion en que habia nacido, darle libertad, y con ella la mas fina educacion.

Para conseguir mejor su objeto, le envió de pensionista á un colegio de una de las ciudades del Norte de este país, sin dar razon de su origen, y apareciendo ante las directoras con el carácter de tío y protector de la pupila. La muchacha olvidó bien pronto los antecedentes de su infancia, y se acomodó tan bien á su nueva vida, y era tan digna de gozarla, que permaneció hasta los 16 años de edad en el colegio, y siempre fué tenida y considerada como perteneciente á una de las mas respetables familias criollas del Sur. Nadie sabia lo contrario, y no solo su belleza justificaba esta creencia, sino su amabilidad y su talento, por lo cual era querida de sus compañeras y el idolo de los profesores y jefes del establecimiento. Bajo tales circunstancias salió del colegio para regresar á lo que todos y aun ella misma consideraban la mansion de su tío y protector.

Antes de partir habia conocido en Filadelfia á un joven del Sur, quien prendado de su belleza, la hizo la corte. La joven aceptó los obsequios, y ambos se dieron palabra de esposos, y convinieron en solicitar el permiso de sus mayores cuando regresasen al Sur. No bien llegó la joven cuando se presentó el presunto consorte á solicitar su mano; y como era tambien de buena familia, no hubo objecion que oponerle, antes bien fué preciso ceder á su impaciencia, fijando desde luego un día inmediato para celebrar el matrimonio.

El supuesto y generoso tío, estaba loco de contento por que veia ya coronada la obra filantrópica que habia concebido, y se congratulaba recordando todos los pormenores del plan que habia puesto en ejecucion con tanta felicidad hasta entonces, cierto de que nada podria venir á revelar su secreto, pues aun cuando vivia la madre de la joven, desde antes que esta hubiese sido enviada al Norte, aquella habia sido vendida para una hacienda de La Fourche inferior.

Llegó al fin el día de la boda y esta se dispuso con toda la pompa correspondiente á los encumbrados y felices consortes: mas antes de ponerse aquel sol de felicidad, celebrado ya el contrato y unidos con indisoluble vínculo los que lo estaban ya por los lazos mas estrechos del corazon, se presentó en la casa la anciana esclava, y como si hubiese sido un ministro enviado por Lucifer para destruir en un momento la obra mas bella de la caridad cristiana, entró en el salon, y saludó y abrazó á la bella desposada, dándole el tierno nombre de hija con todo el orgullo que pudiera inspirar á una madre la diferente posicion en que acababa de encontrarla. La escena que se siguió á este incidente, dice un testigo presencial, no puede describirla la pluma de ningún hombre. Aquella misma noche, el esposo, despues de haber abrumado con reconvencciones al generoso padre adoptivo de su consorte por haberle engañado, le atravesó el cuerpo con una bala, y desapareció yendo á ocultar su vergüenza y su dolor en un oscuro e ignorado retiro.

Á la mañana siguiente se encontró en el cuarto de la joven un cadáver sobre el mismo lecho nupcial que la vispera se habia ostentado con tanta brillantez. Un veneno puso término á la existencia de la desposada, para quien la vida se hizo insoportable, desde que la educacion la enseñó á comprender la degradacion de que habia salido y á que se veia de nuevo condenada con toda la impiedad de la sociedad mas intolerante y fanática. El generoso protector, luego que se recobró de su herida, abandonó el teatro de tan tristes recuerdos, y se vino á residir en uno de los pueblos del Norte, porque tampoco le habrían perdonado su patrio-tismo el crimen inocente, si es que alguna vez pueden andar unidas estas palabras, que ocasionó tantas desgracias.

El lago de Enghien

Un solteron muy feo, muy rico y próximo á casarse, tenia un amigo, y concibió la singular idea de hacerle conocer á su prometida. Si no llevó la imprudencia tan lejos como el rey Gandaulo (lo cual le habria sido muy difícil), no por eso fué menos imprudente, y no sé cómo explicar esa falta, como no sea por la atraccion de las hoyas ó remolinos que se forman en los rios.

El solteron se llamaba Demolles y su amigo Hector.

Una tarde (el estado de la atmósfera, el susurro del viento entre las hojas de los árboles, y el gorgoeo de las avecillas, nada tiene que ver con nuestro asunto, y por lo mismo nada diremos), una tarde, pues, los señores Demolles y Hector, ambos á caballo, seguian el camino de Paris á San Dionisio, el camino mas triste del mundo. Durante dos horas no se ven en aquel terreno mas que árboles raquíticos y desmembrados, y una llanura sembrada de piedras, y si alguna vez el spleen trata de edificar un palacio, le recomendamos eso sitio con sus paseos y arboledas.

Demolles habia alquilado por temporada, en Enghien, en donde habitaba su querida, una casita á imitacion de las que serian de Suiza, con escalera interior, paredes con pies derechos, algunos ladrillos por acá y por allá, vidrios de colores y techumbre de bálagos: mansiones encantadoras y pintorescas, aunque algo espuestas á reumatismos.

Allí se dirigian nuestros viajeros, y llegaron entrada ya la noche. Apenas habian echado pie á tierra, cuando se presentó un aldeano sofocado, cubierto de polvo, con un billete en la mano, y tan fatigado como si llevase un peso de doscientas libras. El caballero Demolles leyó la carta, lanzó un profundo suspiro, levantó sus brazos hacia el cielo, y tomando su sombrero, balbuceó algunas excusas entrecortadas por la emocion, y salió.

Hector le estuvo esperando una hora, y pasado este tiempo, no sabiendo que hacer en una mansion nueva para él, bajó al jardin. Cuando llegó al lago (se nos ha olvidado decir que el jardin estaba situado en la orilla del lago), vió una barquilla sujeta con una cadena de hierro á la balaustrada del embarcadero: le acometió un deseo irresistible de dar un paseo por el agua, y cedió á él.

Podríamos decir que la noche estaba apacible y hermosa, que la luna alumbraba en toda su plenitud, que dos ó tres luces reflejadas por el agua se prolongaban en ella como cohetes ó ráfagas luminosas, y no haríamos mal en comparar los cisnes á copos de nieve ó de espuma; mas para que serviría todo eso, si es forzoso confesar que Hector no vió nada? Comenzó á pensar, y como tenia veinte años, sus pensamientos tuvieron por objeto el amor: mas no por esa circunstancia se crea que estaba enamorado: en esa edad el amor es como un perfume, se esparsce; se derrama. Sin embargo, algunos recuerdos le fijaban con mas gusto que otros; entre aquella niebla de la ilusion, se dibujaba algunas veces una imagen muy distinta y muy graciosa.

Todo tiene fin, aun los ensueños de los amantes. Cuando Hector salió de su contemplacion, pensó que se hacia tarde, y que quizá Demolles habria regresado. Se apresuró, pues, á dar vuelta á la isla de los Cisnes, estuvo buscando algun tiempo el desembarcadero, le encontró volvió á atar la barquilla y saltó en tierra.

Después de dar unos cuantos pasos por el jardín, vaciló; aquel camino no era el que había seguido: las praderas y bosquillos se presentaban en proporciones mucho mayores. A su derecha se hallaba un bosque que no recordaba haber visto, y en una de sus revueltas o recodos, oyó un grito de terror que le hizo estremecer: una joven se hallaba delante de él.

Si se hubiera dicho a aquella joven:

«Queréis pasearos sola por las calles de árboles del parque, a horas en que suelen oírse entre las zarzas unos ruidos extraños, en que los sauces, para veros pasar, levantan su cabeza siniestra, y os presentan sus brazos amenazadores? Sea así, hermosa extravagante. Os reis de esas fantasmagorías de la noche, y es una felicidad para vos. Mas por la parte del lago, el jardín se encuentra abierto, y con una barquilla, alguno puede abordar a él.—¿Alguno?... ¡palabra terrible y misteriosa... quizá un galán despreciado y lleno de audacia, o un ladrón armado hasta los dientes!...»

Con solo esta suposición nuestra heroína se hubiera refugiado en su habitación, corrido todos los cerrojos, y mirado debajo de los muebles y hasta los cajones de las cómodas y las mesas.

Sin embargo, delante de aquella repentina aparición, la joven conservó una calma y sangre fría, de que jamás se hubiera creído capaz.

—No os asustéis, señorita, dijo Hector con voz dulce y un poco conmovida: ¡tened mas bien compasión de mí embrazado!... No sé ni a donde estoy ni a donde voy: temo mucho el no tener ningún derecho para permanecer aquí: pero mi crimen no es muy grande, puesto que concediéndome la dicha de encontraros, el cielo me recompensa en vez de castigarme.

La voz era demasiado tierna para pertenecer a un ladrón, y la frase demasiado galante para que la profiriese un enamorado, y por otra parte, Hector no había dado un paso para aproximarse a la joven.

Tranquilizada esta con aquel comportamiento, y quizá, ¿quién sabe?... complacida con el cumplimento, tuvo valor para contestar.

—Pero, caballero, no comprendo como habeis podido venir a estraviaros en un parque cerrado por todos lados.

—Escepto, sin embargo, por la parte del...
—¡Ah! es verdad, ya no me acordaba... Pues bien, caballero, seguid esta calle de árboles, volved a la izquierda atravesad un puentecillo de madera, torced luego a la derecha, y vereis un pabellón junto a la orilla del lago.

Dicho esto, la joven hizo una reverencia y desapareció. No sabemos en que pensaba Hector, pero lo cierto es que no había retenido ni una palabra del itinerario. Se dirigió ó pensó dirigirse por el sendero indicado, pero en vez de ser así, tomó otro, que cortando en línea recta praderas y bosquillos, iba a parar justamente a la casa de que el parque era una dependencia; por manera que volvió a encontrar a la joven.

—Soy yo, dijo con tono lamentable; me he estraviado nuevamente. ¡Es horrible!... ya no soy digno de vuestro interés.

—¿Como?... Caballero... En fin, voy a volver a comenzar...
—Si yo no he escuchado, vuestra ha sido la culpa.

—¿Caballero... dijo la joven.

Nuestros lectores nos permitirán aquí una corta digresión.

La novela, esa forma atractiva del pensamiento, que puede contenerlo todo: la filosofía, la fisiología, la química, la terapéutica, la historia, la geografía, la cartomancia, etc., y que puede no contener nada, la novela, repito, permanecerá siempre una forma incompleta, mientras que algún escritor no se aventure a combinarla con la música. Con efecto, en cuanto al diálogo, los caracteres tipográficos reproducen exactamente las palabras, pero ¿qué son las palabras sin la entonación? Por ejemplo, dos recién llegados de las provincias se encuentran a la puerta de un café, a él primero que ve al otro, le dice: ¡Buenos días!... Un instante después, os presentais elegantemente vestidos y con guante ajustado, a la puerta de un salón, y la señora de la casa, volviendo un poco la cabeza, pero sin levantarse, os dice: ¡Buenos días!... Las dos son unas mismas sílabas; pero ¿cómo se ha de hacer comprender la diferencia que hay en estas dos exclamaciones, la primera brusca, cordial, sin preparación, y que puede traducirse así: ¡Calla!... ¿ya estais aquí?... ¡es agradable encontrarse de este modo! y la segunda rastrera, lánguida, que sube y baja todo el diapason, que puede significar mil cosas, ser de despecho, de fastidio, de impertinencia, de sorpresa, de amor, un epigrama, ó una confesión? Mas volviendo a nuestros héroes, la palabra caballero, es una de las que convendría poner en música: la canción no es nada, la música lo es todo. En aquella circunstancia encerraba una porción de cosas, asombro, dignidad ofendida, altanería y desprecio.

—Si, replicó Hector, vuestra es la culpa. Mientras me hablabais, procuraba yo recordar en donde he oído esa voz... permitidme que lo diga, esa voz llena de encanto...

—Seguid esa calle que conduce a la en que estabais hace un momento.

—¡Ah! ya me acuerdo... fué en casa de madama de Feuss.

—Volved a la izquierda...

—El aire de la Norma

—Atravesad el puente...

—Os marchasteis a la mitad del baile...

—No señor a la conclusion.

—¿Luego estabais allí?... Perdonadme esta astucia... Os he reconocido... primero en vuestra voz... la he oído mil veces... Es un canto divino que siempre resuena en mis oídos... Llegué tarde a casa de madama de Feuss, pero lo recuerdo todo... Hevábais un traje de crespon azul, y un ramillete de violetas blancas... Os invité a bailar, pero marchasteis antes de que se empezase la contradanza. Después ya no bailé.

—Aquel era el último baile de la temporada.

—No sé nada, solo si que desde aquella noche... permitidme hablar, pues mis palabras no pueden ofenderos. En primer lugar, me debeis una contradanza. Si hubiésemos bailado, os habria dirigido algunas expresiones que forzosamente hubierais escuchado... Después de haberos hablado del calor, de la reunion y de la ópera nueva, fácil me habria sido encontrar una frase para deciros cuan hermosa sois... y como hoy, mi voz y mi corazón hubieran estado conmovidos... y sin embargo, vos no hubierais podido menos de disimularme. La frase hubiera pasado por un cumplimento de baile.

Pues ¿por qué esas mismas palabras han de ser un crimen esta noche? ¡Ah! ya comprendéis que vuestra imagen me ha seguido siempre... que habeis sido mi único pensamiento.

—¿De veras, caballero?

—Desde aquella noche, no sé como deciros lo que ha pasado en mi alma. He recobrado el valor y la fe. Si, hasta entonces habia luchado, habia sufrido, pero sin energía. Era de esos que después de rudos principios, se sienten vencidos en el momento de ser vencedores, por falta de un último esfuerzo, del último sufrimiento. De repente volvi a adquirir la confianza y quedé como transformado.

—Caballero, ese es un capítulo mas que debe añadirse a la historia de los efectos de la música, porque es excelente en casa de madama de Feurs.

—No sé nada.

—En fin, caballero, esta conversacion no puede prolongarse. Retiraos...

—Me quedo.

—Como os plazca. Buenas noches.

—¡Oh! no, ¡escuchadme todavía!

—Pero caballero, si viniere alguien y nos viera ¿qué diria?

—¡Ah! pues yo me alegraría que viniese! Diria que sois hermosa como un ángel... que en vos hay un no sé que encanto celestial... que vuestra voz turba y consuela a un mismo tiempo... diria que os amo... y esto es verdad.

—Caballero, pero yo voy a casarme.

—¿Cielos!... ¿y le amais?

—Sin duda, pues que le entrego mi mano.

Pues que... por esa palabra que hubiera anonadado a un imbecil, nuestro enamorado habria dado diez años de su vida... Pues que, fué para él, un resplandor tan vivo como el de un relámpago, porque en efecto, aquella palabra anunciaba una deducción lógica, ahora bien, es cierto que el amor aborrece la lógica, y que cuando una muger raciocina no ama. No quiero decir por eso, que Hector hiciese en aquel momento una reflexion tan complicada; pero es seguro que al oír aquel *pues que*, tuvo una inspiracion atrevida, y hasta sublime. Podia equivocarse, ir demasiado lejos, y exagerar el sentido de la palabra, pero a los atrevidos, Dios los da la mano, y exclamó:

—Vos no le amais... ¿es viejo?

—Caballero...

—¿Es viejo, es feo, es avaro? No le amais, y sereis desgraciada con él... ¿Sabeis lo que es casarse con un hombre a quien no se ama? ¿Qué tormento?... ¡y un tormento de que nada debe ver el mundo! ¡Es necesario sonreírse! ¡es preciso aparentar alegría! En lo exterior hay calma y dignidad, pero en la casa reina la discordia. Los semblantes no manifiestan nada, pero los corazones se hallan desunidos... Vivir eternamente uno enfrente de otro con el rencor y el fastidio por única compañía!... no oír una palabra que no sea una perfidia, no sorprender una mirada que no sea una crueldad. Y no poder confiar a nadie sus penas. Tener los ojos llenos de lágrimas y haber de reprimirlas!

—Estais loco, caballero: a Dios y esta vez...

—Si os he ofendido, perdonadme; pero os amo... No digais que estoy loco: ó mas bien, si, lo estoy, y haré locuras. No os casareis con ese hombre. Sabré muy bien impedir ese matrimonio... Vos me amareis... estoy a vuestros pies... os suplico...

—Mirad lo que haceis, la noche está fresca, la arena húmeda y podeis contraer un reuma.

Y la joven huyó.

Hector permaneció algun rato aturdido: su dorada ilusion se desvanecía. Volvia a caer bruscamente en la realidad, y era muy triste. Amaba de veras a aquella joven, y cosa extraña! no sabia ni aun su nombre. Pero aquella dificultad nada importaba; lo mas embarazoso era el matrimonio. Tal vez debería celebrarse dentro de tres dias ó de ocho, y en tan corto plazo, introducirse en una familia, ser aceptado, agradar a los padres, y suplantar a su rival, era una empresa loca en que no se debía pensar.

Haciendo estas reflexiones, se dirigió hacia el lago, y aquella vez supo encontrar el camino.

Iba, en fin, a salir del parque, cuando al extremo de una calle de árboles, le pareció ver una forma humana.

Hector solo tuvo tiempo para ocultarse en un bosquecillo de alheñas y espinos blancos, y mentalmente dijo para si:

—He aquí una casa cuyos habitantes tienen un gusto bastante melancólico.

Desde el bosquecillo en donde se hallaba escondido nuestro héroe, creyó ver en un principio que la persona que se acercaba era un joven como de quince años, aunque algo grueso. Pero bien pronto se desvaneció su error. Era una muger de mas de treinta años, con el cabello cortado, vestida con una especie de blusa y pantalón ancho.

Aquella muger, tan pronto caminaba con rapidez como aflojaba el paso. De cuando en cuando enseñaba el puño a no sé qué enemigos invisibles, y tambien sola introducir su mano con placer entre los rizos de su cabellera.

A las dos terceras partes de la calle, la abandonó para tomar un sendero que se perdía en la espesura: Hector se aprovechó de la ocasion para llegar a su barca.

Apenas comenzaba a remar, cuando vió a la señora en el balcón de un pabellón rústico, que reflejaba en las aguas del lago, entre el desembarcadero que acababa de dejar, y el de la casa de Demolles hacia el cual se dirigia.

—¡Dios!... ¡ya era tiempo!... dijo Hector; y como al proferir esta exclamacion rozaba con la orilla, saltó en la barca un hombre.

Era Demolles.

—Si, querido, exclamó el solteron; ya no puedo mas; ¡estoy molido, alelado, estúpido!... Mi vestido se halla hecho girones... He recibido un puñetazo, y estoy seguro de que mañana tendré un ojo acardenalado. Por cierto que es una cosa agradable... ¿Como me he de presentar? No podré salir en ocho dias... me consumiré de fastidio... Pero afortunadamente vos me hareis compañía...

—Eso será muy divertido, dijo para si Hector, y luego añadió en voz alta: me asustais... ¿qué os ha ocurrido?...

—¡Ay amigo mio!... necesito abrir mi corazón. Puedo deciroslo... todavía no habeis llegado como yo a la edad de las pasiones (cincuenta y cinco años), guardaos de enamoraros jamás. Mirad, permanezcamos sentados aquí, y atad la cadena de la barquilla; necesito tomar el aire: el ojo me escuece.

La señora del cabello corto, oculta con unas ramas de yedra, continuaba en el balcón de la casa rústica.

Cuando digo casa rústica, es necesario entender una de esas cabañas falsas, en donde es fingida la pobreza, y la pretension se halla mal disfrazada, y que representan perfectamente a un periodista disfrazado de amigo del pueblo.

—¿Sabeis, prosiguió Demolles, por qué os dejé tan bruscamente? Pues querido, fué por una de las bromas de madama Boisset.

—¿Quién es esa señora?

—La madre de mi ángel adorado, mi suegra futura. ¡Ay! amigo mio, ¡qué muger!... es necesario que me encuentre perdidamente enamorado y muy seguro de ser amado, para que me case con su hija... pero la pobre niña me adora. Si tiene una madre tan execrable no es culpa suya. ¿Queréis saber el contenido del billete que me entregó aquel aldeano? pues vedle aquí: la luna está tan clara que puedo leerosle, y además, casi le he aprendido de memoria.

«Mi querido Fortunio...

—Es preciso deciros que Mad. Boisset me llama *Fortunio*, porque dice que ese nombre me conviene: es una de sus mas inocentes manías. Tiene un jardinero y una cocinera, y los llama *Bartolomeo* y *Corida*; por lo que a mí hace, no hay duda de que el nombre de Fortunio es mucho mas sonoro y elegante que el de Miguel que me pusieron mis padres; voy a continuar:

«Mi querido Fortunio:

«En cuanto llegueis, volved a montar a caballo y corred a rienda suelta hasta Taverny, en donde hombres armados y del pueblo —avestruces, salvajes,— quieren arrastrarme a un calabozo. ¡Dios mio!... ¡qué asquerosa y repugnante es esa canalla!...

«*Post scriptum*. Tomad cien francos: mi caballo ha tenido la humorada de ir a pasear a la feria por en medio de un puesto de cacharros y de loza, y atropellar a uno ó dos de esos villanos. ¡Era un espectáculo muy divertido!...

—Mi caballo todavía estaba ensillado: marché y corrí a toda brida por el valle de Montmorency hasta llegar a Taverny. ¡Qué cuadro se presentó a mis ojos, Dios mio!... mi futura suegra se hallaba cercada por trescientos ó cuatrocientos aldeanos que gritaban como gansos. Traté de atravesar por entre aquella multitud exasperada, pero me derribaron al suelo después de sufrir una granizada de puñetazos. Seguramente mañana tendré cardenales en el ojo derecho. Por fortuna, un gendarme me sacó de entre las garras de aquellos frenéticos, y les dirigi algunas palabras llenas de elocuencia que penetraron hasta su corazón: les enseñé dinero. Así pues, dos ó tres palabras han sido suficientes para amansar a aquellos animales feroces. Después de pagarles con mucho escuso el destrozo, pude llevarme a la loca de mi suegra, y durante el camino la hice prudentes observaciones. ¿Sabeis lo que me contestó? me llamó plebeyo.

—En verdad, contestó Hector, la aventura no es muy divertida, y dudo mucho que encontréis la felicidad en la union que proyectais. ¡Las suegras!... siempre he opinado que el que contrae un enlace se casa con la hija nada mas que en una tercera parte, y las dos restantes con la suegra. ¡Haber metido su caballo por entre los puestos de loza!...

—Pues eso no es nada. Si se considera lo que tendria que sufrir sobre la tierra un hombre apacible y honrado sin duda alguna, sin hiel y sin ambicion, amigo de la tranquilidad y del orden en su casa, le felicito por no pertenecer ya a este mundo. Boisset tenia comercio de telas cuando se casó con una joven de exterior modesto, y que tenia continuamente los ojos bajos. Al dia siguiente de su matrimonio pudo ver aquellos ojos, hasta entonces desconocidos. ¡Eran verdes! y cuando digo verdes, no se crea que tienen siempre ese color, pues hay dias en que son grises, y otros en que relucen como zinc. El digno Mr. Boisset prosperaba en su comercio: su establecimiento era sólido, estaba muy acreditado, y en una veintena de años podia formarse un capital algo mas que regular. Pero al cabo de tres meses tuvo que abandonar aquel tráfico para dedicarse a enseñar tres perros de presa de que la señora estaba entonces apasionada ¡Ay! querido Hector, un dia los perros devoraron al marido.

—¿Le devoraron?

—Literalmente: madama Boisset habia dado orden de que los tuviesen hambrientos, porque se complacia en verlos indómitos y furiosos. Un dia que tenían mucha hambre...

—Sin duda se consolaria fácilmente de la muerte del comerciante de telas...

—No por cierto, a lo menos en la apariencia: prorumpió en sollozos y en alaridos de dolor: ha hecho colocar el corazón de su esposo en una caja que podréis ver en su casa, sobre una especie de altar, delante del cual arde una lámpara de día y de noche. La habitación está colgada de negro, y pasa dias enteros encerrada en ella, sin comer ni beber.

—Pues es una muger extraordinaria...

—Es la criatura mas loca y caprichosa del mundo. Por la mañana, para estar en casa, adorna su cabeza con coronas de rosas, tan gruesas como repellos. Salta con la cuerda como un niño: para pasearse por el jardín tiene una especie de turbante, que seguramente espanta a los pájaros. Su alma está llena de ilusiones: su nariz es encarnada, y cuando recibe se pone un traje muy escotado.

En aquel momento le pareció a Hector que oía moverse las hojas con violencia: con anterioridad habia llamado su atención un ruido semejante.

—Ya os he dicho, continuó Demolles, que llama a su jardinero Bartolomeo, pero debo añadir que muchas veces suele sacudirle con el látigo. Suele recorrer el país vestida de hombre, hace el duende con las aldeanas para burlarse de sus amantes, y suele recibir de cuando en cuando sendos pescosones. Pero y su lenguaje; ¡Dios mio!... *Pasea los dedos de su alma por el teclado de la armonia universal*. Perora sobre la *identidad absoluta*, sobre *lo mio* y lo que *no es mio*, sobre *el yo* y *no yo*; habla de *virtualidades*, de *sustancia*, de *normas*, y de otra multitud de cosas enormes, de que no se entiende ni una palabra.

—Pero con un poco de energía ¿no se la podria dominar?

—¿Dominarla?... tiene ataques de somnambulismo, y por poco que se la contradiga ó ridiculice, la acomete la catalepsia.

—¿Pues qué diablos vais a hacer en esa galera?

—Es cierto: me hace sufrir un verdadero martirio; me trata como a un perro. El otro dia por poco me arroja al agua

después de comer. Hace cosa de un mes prendió fuego á una granja, para admirar los efectos que el resplandor producía en las hojas: desgraciadamente su cotorra se había quedado en la granja, y tuvo que ir á buscar atravesando por en medio de las llamas.

—¿Y os casais con su hija?

—Paulina es un ángel: ha sido educada en el *Sagrado Corazón*: estoy loco de amor y soy correspondido. ¡Dios mío!... cómo me escuece el ojo!... Mañana estará completamente negro... Mad. Boisset es la extravagancia en persona, pero si tuviese talento como otras muchas personas... mas no hay nada de eso.

—Caballero Demolles, gritó una voz chillona y desagradable, sois un filisteo y vais á ver como me vengo.

Oyóse entonces una detonación, y Demolles, que se hallaba sentado en el borde de la barca, cayó al agua.

Aquel momento fué angustioso y terrible para Hector, que no sabía nadar. En semejantes circunstancias, cualquiera que sea el valor que pueda tener un hombre, es imposible que deje de cruzar por su mente este pensamiento, aunque no sea mas que por un segundo: ¿pues qué, he de dejar perecer cobardemente y sin auxilio á un desgraciado que se ahoga?... le he de ver hacer esfuerzos desesperados, salir á flor de agua, desaparecer, luchar con la muerte que le estrecha y acosa, y no me he de aventurar á salvarle?... Hector iba ya á arrojarse cuando sintió el ruido de un cuerpo que caía en el agua, y luego el braseo de un nadador; no había tenido tiempo de adivinar por dónde llegaba aquel socorro inespera-

do, cuando se dejó oír otro ruido sordo, y una cabeza y una mano aparecieron sobre las olas... la mano se levantaba en actitud suplicante... evidentemente el nadador iba perdiendo las fuerzas. Hector se asió con resolución á las débiles ramas de un sáncie, y arrojándose al lago, pudo agarrar aquella mano debilitada, que sin duda iba á hundirse para siempre, y atrajo hacia sí á un joven medio desmayado, el cual tenía fuertemente asido por el cuello del frac al desgraciado Demolles, ya casi ahogado.

Aquel joven era Mad. Boisset.

Después de haber tirado un pistoletazo á Demolles con ánimo premeditado de matarle, había espuesto su vida de una manera sublime por salvarle.

Pero mas sublime quizá que su valor, era todavía su presencia de ánimo. Había agarrado á Demolles por el cuello del frac ó de la casaca, porque se acordó de que llevaba peluca. Afortunadamente Demolles no había sido herido.

Un poco de tiempo y un buen fuego fueron suficientes para su restablecimiento. Por su parte, Mad. Boisset, lo mejor que podía hacer era ir á secarse.

Al día siguiente por la mañana, cuando se preparaba á enviar á saber del estado de salud de su futuro yerno, el jardinero Bartolomeo la entregó la carta siguiente:

«Señora:

«Habeis dicho con frecuencia que soy muy plebeyo. Tengo un horror muy pronunciado á los acontecimientos dramáticos. Es cierto que ayer esperé grande júbilo al verme fuera del agua, merced á vuestra abnegación que ha sido admira-

ble: pero hubiera preferido no caer en ella. Veo, pues, que no podemos comprendernos, y que me es forzoso renunciar á la mano de la señorita Paulina. Mi pesar será eterno, pero tal vez quedará bien pronto olvidado.»

Pardiez, exclamó Mad. Boisset, él tal vez es muy gracioso. Un animal que no hubiera yo querido ni aun relleno de paja, si no hubiese tenido treinta mil francos de renta...

Tres meses después, Hector, que apenas había sido visto por Mad. Boisset, y que no se vanaglorió de ser uno de los personajes de la escena de la barca, Hector, decimos, se casaba con la señorita Paulina, después de haber, durante ese período de tiempo, *paseado los dedos de su alma por el teclado de la armonia universal*, y ejecutado de acuerdo con su futura suegra, una piecicita á cuatro manos.

Pero el mismo día de su boda, Hector partió para Italia con su joven esposa, esperando no volver á ver en su vida á la terrible Mad. Boisset.

Mas ¡ay! en la primera parada recibió una carta de su suegra, en que se encontraba esta frase:

«No puedo vivir sin mi hija... y marchó á reunirme con vosotros con un palo en la mano y un saquillo de soldado á la espalda.»

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

GUIA

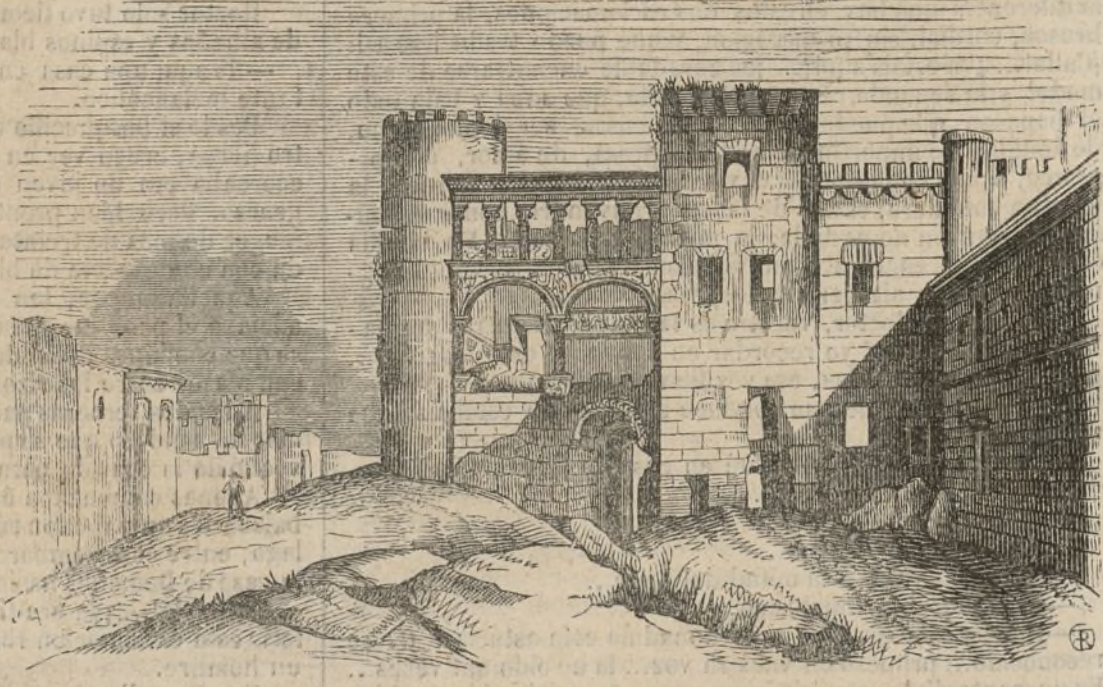
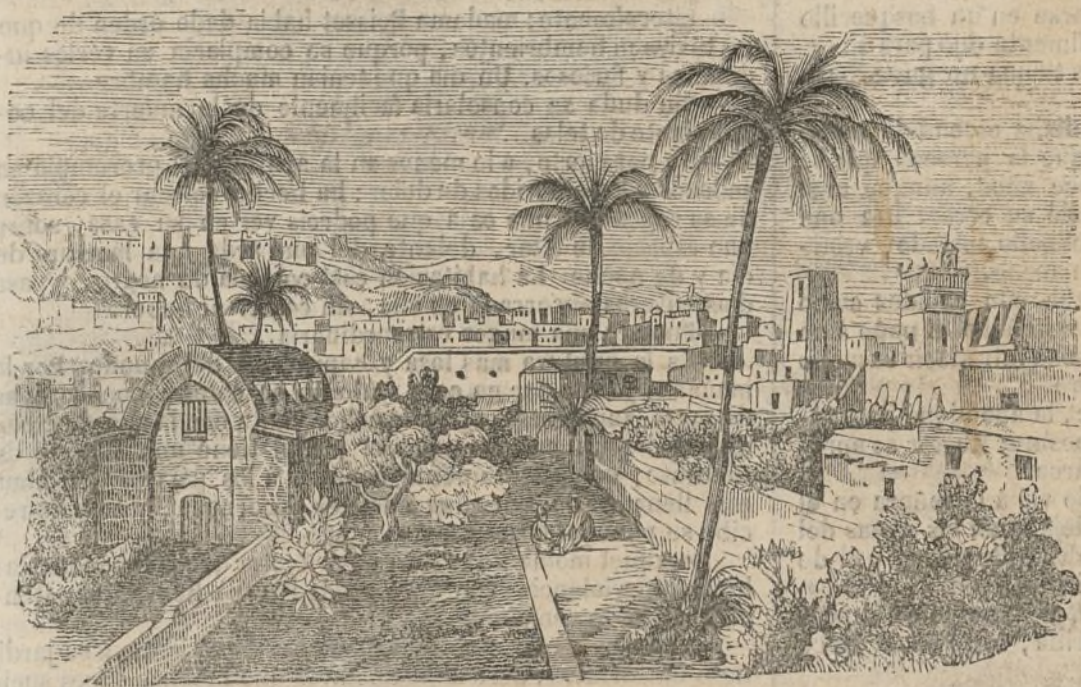
DEL VIAGERO EN ESPAÑA,

POR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

QUINTA EDICION,

CONSIDERABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA.

Un tomo en 8.º marquilla de mas de 500 páginas, edicion muy esmerada, en buen papel, con 20 grabados aparte del texto estampados sobre color, y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, hecho espresamente para acompañar á esta obra.



Se vende á 20 rs. en rústica, 24 encuadernada en tela con planchas de relieve y letras doradas, y 26 á la holandesa fina, en Madrid, en el despacho establecido interinamente en la librería de Mouier, Carrera de San Gerónimo, núm. 3, y en provincia con 4 rs. de aumento en casa de los corresponsales del establecimiento de Mellado.

El mapa suelto estampado en papel grueso á propósito para colocarle en un cuadro, se vende á 8 rs. en Madrid, y 10 en provincia.